

Sr. D. Victoriano E. Montes

DISTINGUIDO LITERATO URUGUAYO, AUTOR DE LA POPULAR POESÍA «EL TAMBOR DE SAN MARTÍN»

BIBLIOTECAS ESCOLARES

La biblioteca escolar es la cúpula del edificio pedagógico.

Las bibliotecas son torres altísimas, atalayas gigantes, desde las cuales se escruta el pasado, se domina el presente y se explora el porvenir.

Osimandías vive en la memoria de la humanidad, no tanto por sus empresas bélicas, cuanto por haber inscripto en el frontispicio de una biblioteca aquellas palabras sublimes que ha recogido la historia: *Cura las enfermedades del alma.*

Las fuerzas titánicas de la Naturaleza han formado las montañas, la perseverancia del hombre las bibliotecas. Desde la cumbre de aquéllas observan los astrónomos los movimientos y la naturaleza de los cuerpos celestes, y desde éstas estudia la humanidad que piensa la labor inmensa de los siglos.

La biblioteca es la fusión del telescopio y el microscopio, abarca lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

En la biblioteca de una Escuela Normal deben predominar las obras pedagógicas. Sin ellas, la enseñanza sería incompleta, deficiente la preparación técnica de los alumnos maestros, mediocres los resultados apetecidos.

Las obras magistrales ó de consulta ensanchan el círculo de los conocimientos adquiridos en los libros de texto, los que por su misma naturaleza no pueden profundizar ningún asunto.

La biblioteca de una Escuela Normal necesita enriquecer sus estantes con las grandes enciclopedias modernas, con los monumentales diccionarios publicados en los últimos treinta años, con las profundas obras históricas escritas en Francia, Inglaterra y Alemania, con los libros científicos que han elevado á portentosa altura la Biología, la Anatomía comparada, la Fisiología vegetal, la Geología y la Paleontología, la Antropogenia y la Astronomía.

Si, como es innegable, abundan los maestros y profesores mediocres, no es tanto por falta de aptitudes intelectuales, sino porque creen que toda la ciencia está encerrada en los compendios.

Los libros vulgares dañan la inteligencia: en vez de impelerla hacia las cumbres, la empujan hacia los abismos. El libro bueno es carne y leche para el intelecto: lo nutre, lo fecunda, lo vigoriza, le da fuerzas hercúleas. La biblioteca de una Escuela Normal quedaría mutilada si se proscribiesen de ella las obras literarias que han atravesado triunfalmente los siglos.

Las obras literarias son la almohada mullida en que la humanidad reclina la inteligencia fatigada por los estudios austeros y las meditaciones graves. Ellas no sólo solazan el espíritu, ellas suministran preciosos materiales á la imaginación, afinan la sensibilidad, fortifican el carácter, enfrenan las pasiones aviesas, depositan en el alma gérmenes de sentimientos nobilísimos, fomentan el amor á la patria, el heroísmo, las tendencias altruistas, enriquecen la mente de ideas y el lenguaje de giros nuevos y elegantísimos.

Un maestro de escuela debe conocer las arengas de los oradores eminentes, deben serle familiares los grandes poemas épicos, los cantos excelsos de los poetas líricos, los personajes creados por la fantasía de los novelistas y los autores dramáticos.

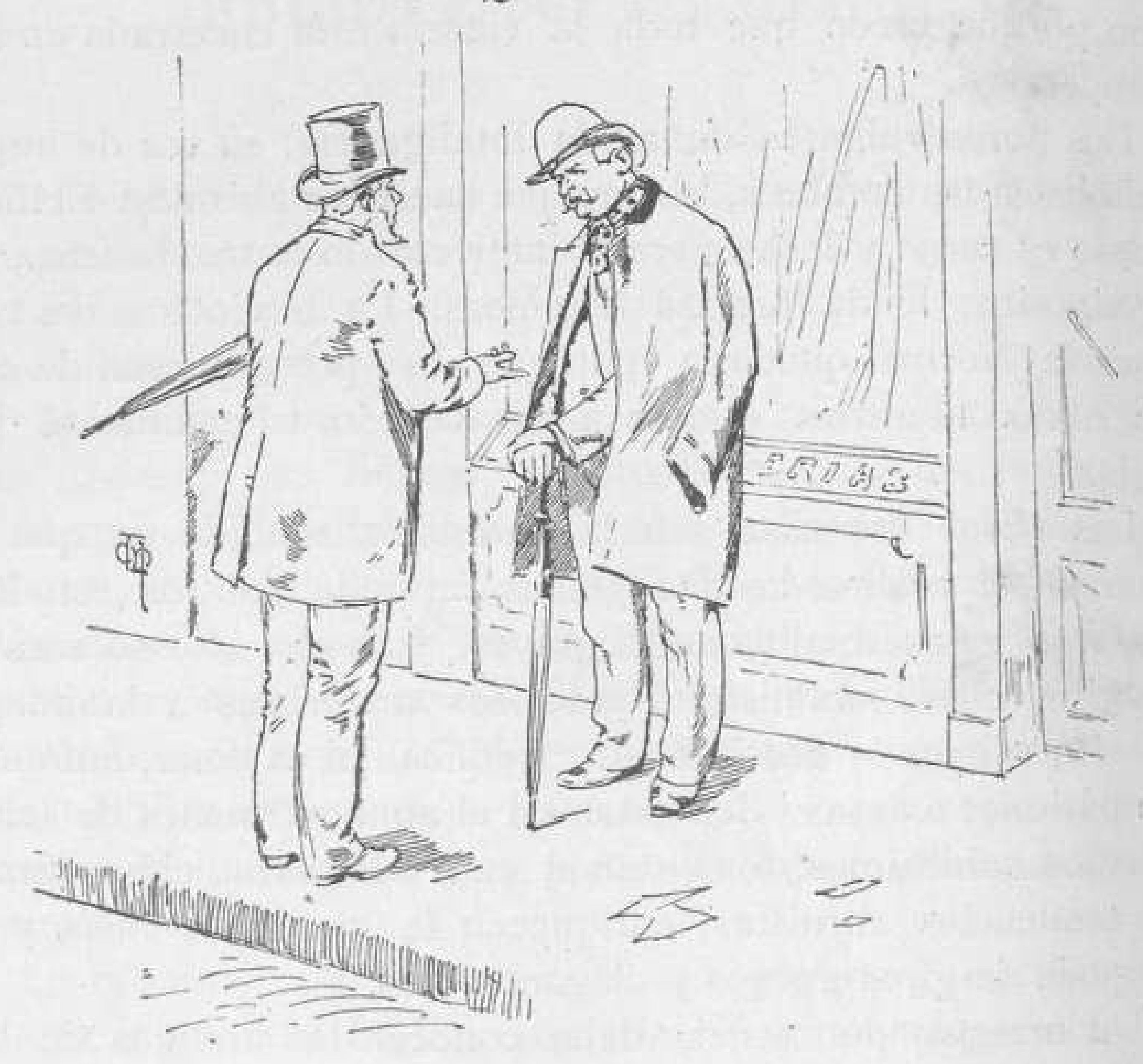
Un maestro de escuela que quiera formar virtuosos y heroicos ciudadanos, espíritus enamorados de los bellos ideales, hallará mejores ejemplos, para caldear el alma de sus discípulos, en los libros históricos y literarios, que en los textos de moral, perpetuamente abstractos, perpetuamente glaciales.

Los maestros de escuela debieran ser literatos y los literatos maestros de escuela. Homero y Pestalozzi, Hesiodo y Fröebel, están más cerca de lo que se cree: se reconocen hermanos y se abrazan amorosamente á través de veinte siglos.

VICTORIANO E. MONTES.

Julio de 1891.

UN QUEBRADO



—¿Conque quebraste?
—Quebré.
—¿En cuánto?
—En millón y medio.
—¿Y no hay remedio?
—¡Remedio!
sólo del suicidio sé.
Quien deshonrado se ve,
que á él apele no es extraño.
—Toma estricnina, Avendaño.
—Más bien otra cosa, Espechе;
acabo de tomar leche
y eso me puede hacer daño.

M. NUMA CASTELLANOS.

—×—

EPIGRAMA

¿Viejo y todo y le ama Irene,
que despreció otros partidos
aceptables? ¿cuánto tiene?



TORQUEMADA

Sobre cierta cuestión de teología,
architrascendental,
agitó la discordia cierto día
el reino celestial.
Iba envuelta á la vez en el asunto
la santa Inquisición.
Pero no resultó ningún difunto.
¡Rarísima excepción!
Cuando quedó la paz asegurada
en el alto lugar,
quiso oir el Señor á Torquemada
y le mandó á buscar.
—Decidle, dijo á un ángel, que se preste
á venir ante mí.
—El encargado del padrón celeste
dice que no está aquí.
—Pues id al Purgatorio, donde mora,
puesto que aquí no está:
que le dejen salir por media hora
y que se venga acá.
—Con almas de allí vengo en este instante,
y no está allí, Señor.
—¿Pero dónde se encuentra ese tunante?

¡Maldito inquisidor!
—Tal vez en el Infierno, Padre Eterno.
—Mira, pudiera ser.
—Si queréis que le busque en el Infierno
mandadme á Lucifer.
—Vé, de mi parte, sí, busca al maldito
y dile á Satanás:
que le envíe, que yo le necesito;
después le volverás.
El ángel llega á la infernal morada
y cumple como fiel.
Oyéndole nombrar á Torquemada
se echó á reir Luzbel
y calándose altivo la corona,
el diablo respondió:
—Dí á Dios que no ha existido tal persona;
Torquemada era yo!

E. Segovia Rocaberti.

PÁGINA SUELTA

Dicen que soy feliz porque en mis labios
la luz de la sonrisa no se apaga;
dicen que soy dichoso porque nunca
en mis párpados vieron una lágrima.

Piensan que no hay dolor cuando se ríe
y creen que no hay pesar cuando se canta,
y es que del mar la superficie miran
y nunca el seno en que la muerte calla!

Como el mar es mi vida, en el semblante
la serena expresión de eterna calma,
y allá, oculta en el pecho y siempre abierta,
la huella del puñal de la desgracia!

Así vivo en el mundo, mis pesares
envueltos en celajes de esperanza
y el desengaño amargo, revestido
de la ilusión con las brillantes galas.

Que es preciso reir cuando otros ríen
y es preciso cantar cuando otros cantan,
aunque se lleve el corazón tronchado
y la muerte en el alma!

Eduardo B. Ruiz.

Mendoza, 1891.



LOS MALOS MARIDOS

—Chico, dijo entrando como una exhalación en mi cuarto; es preciso que me salves.

—¿Qué ocurre? exclamé levantándome sobresaltado, al observar la alteración de sus facciones.

—Déjame respirar, contestó, cayendo en una silla; he venido corriendo sin parar más de media hora; pero ante todo cierra la puerta.

—¿Viene persiguiéndote alguien? le pregunté con curiosidad y sorpresa á la vez.

—Sí, contestó jadeante; vienen persiguiéndome y no me llega la camisa al cuerpo... ¿has cerrado bien la puerta? ¡maldita vieja! ¡y pensar que ya era mía!

—¿La vieja?

—¡No! ¡la otra!

—¿La otra vieja? Chico, me parece que deliras. A tí te ha dado algo.

—¿Está bien cerrada la puerta? échale llave.

—Le echo llave.

—Toda precaución es poca... ¡ah! tú no sabes lo que son las mujeres cuando se han propuesto perder al hombre.

—¿Querrás decirme qué diablos te pasa?

—Voy á explicarme... pero échale dos vueltas á la llave; todavía no me creo seguro. Conque escucha. Ya sabes que siempre he tenido una debilidad: las mujeres; me gustan todas; se entiende, siendo bonitas, y no hay consideración que me contenga ni temor que me avasalle, cuando la fortuna pone á mi paso una de ellas y creo posible su conquista.

—Pero... ¿no eres casado?

—¿Y qué?

—Que te debes á tu mujer.

—¡Vaya unas ideas raras las tuyas! Desengáñate: desde que el mundo es mundo, yo no creo que haya existido más que un hombre fiel á su mujer: Adán. Y eso, porque no había otra.

—Estás calumniando á la humanidad.

—Bueno, pues yo no me conformo con una sola. Es muy poca cosa. Cuando veo á las demás, se me van los ojos y el alma tras de ellas. La mía es agraciada, no lo niego; es decir, me pareció agraciada en otra época, cuando la conocí, cuando no era mía; pero, así y todo, no me doy por satisfecho. Además, mi mujer tiene un gravísimo defecto: está enamorada de mí y no me deja vivir con sus malditos celos; quiere que esté eternamente encerrado en la jaula del hogar, piando con ella el duo del amor... ¡Ah! ¡cuándo te digo que soy digno de lástima! ¡Y pensar que hay mujeres que no quieren á sus maridos y les dejan en paz! ¡Pues á mí ni en paz... ni *con Paz!* Ya sabes á qué Paz me refiero, á la niñera.

—Pues no es extraño que tu mujer te cele con esa chica... ¡con aquellos ojos y aquellas carnes! lo extraño es que no respetes tu propio hogar y olvides á tu mujer por seguir á la niñera.

—¡Como me llama *niño!*...

—Veo que eres incorregible.

—No, la incorregible es mi mujer; porque lo que es ahora no se trata de Paz, sino de Semíramis.

—¡Hombre! ¿tiene también celos de la reina de Asiria?...

—No, de una tal Semíramis López, una chica muy mona á quien conocí no hace mucho en un baile de máscaras del club, y que me cree, ó, mejor dicho, que me creía ¡ay! soltero. Figúrate que bailé con ella toda la noche, como estaría bailando todavía, á no habernos advertido, muy respetuosamente, los dependientes del club, que ya se había acabado el baile. Acompañé á Semíramis, después de habernos jurado amor eterno, hasta el *sillón* donde su respetable mamá estaba durmiendo el sueño de los justos y tuve la felicidad de que la buena señora, á quien conseguimos por fin despertar, me permitiese acompañarlas hasta su casa.

—¿Y no temiste que algún conocido te viese?

—¿Quién diablos iba á verme, si ya habían salido del club hasta los músicos? Pues nada, llegamos á casa de Semíramis y después de llamar á la puerta durante media hora larga en que nos turnamos el cochero y yo, abrióse aquélla y apareció en su dintel el papá de la chica, un señor de edad, de aspecto burgués, que está escribiendo, desde la infancia, una historia sobre los pelasgos, con que piensa asombrar á no sé qué generación de las venideras, y que sabe mejor lo que sucedía entre los primitivos pobladores de Grecia, que lo que sucede en su casa. Al verme me sonrió con afabilidad, como si nos hubiésemos conocido toda la vida, y sólo al presentarme su señora cayó en la cuenta de que no me había visto nunca. —Dispense usted, me dijo; creí que era mi sobrino; y añadió con ingenua inmodestia: hay que ser tolerantes con las distracciones de los sabios; por lo demás, se parece usted bastante á Paco, sólo que Paco es un insigne calavera y usted

tiene todo el aire de una persona de bien. Una mirada severa de doña Gertrudis, que así se llama la mamá de Semíramis, y que brilló como un relámpago en sus ojos, hizo comprender al historiador la inconveniencia de tales confidencias de familia, las que no dejaron de causarme alguna alarma, porque, ¡quién sabe si aquel pariente maldito no era algún conocido mío, alguno de mis compañeros de orgía! Además, al oir el nombre de su primo, pasó como una ráfaga de fuego por las blancas mejillas de Semíramis, lo que hizo nacer en mi espíritu una sospecha terrible: ¿amaría *también* á Paco? sus ojos, que al fijarse en mí se habían encendido como dos soles, ¿tendrían iguales destellos para aquel presunto rival? ¡ah, mísero de mí! ¿estaría suspirando por Semíramis en sociedad con otro? No sabía qué pensar. Ni la hora ni el sitio eran á propósito para prolongar aquella escena y fué forzoso despedirme. La joven me sonrió de una manera encantadora, doña Gertrudis me ofreció la casa y el papá me hizo prometer que volvería por la noche.

—¿Y fuiste?

—¡Pues no había de ir! ¡vaya una pregunta! Me exponía á encontrarme con el primo, es verdad, pero, ¿y qué? *audaces fortuna juvat.* Semíramis era demasiado bella para desistir de su conquista por tan pueril temor. A las ocho en punto me hacía anunciar.

—Supongo que te cambiarías el nombre.

—¿Para qué? ¿qué necesidad había, llamándome Juan Fernández? Yo creo que todo el mundo se llama Juan Fernández...

—Continúa.

—Me hicieron pasar á un salón alhajado con bastante lujo y me dejaron solo durante un momento. Por fin oí pasos que se acercaban y no tardó en aparecer ante mis ojos el papá de Semíramis, envuelto en una bata y cubierta la cabeza con un gorro tunecino.—Caballero, dijo tendiéndome afablemente la mano; no sabe usted cuánto le agradezco su visita; es usted muy amable. Contesté al cumplimiento del sabio y pregunté por la salud de doña Gertrudis y de su hermosa hija.—Están

buenas, gracias, contestó; van á salir pronto; están dando la última mano á su *toilette*... ¿Y qué tal? añadió sonriendo; ¿se descansó de la fatiga del baile? Ustedes, los solteros, son terribles para esas cosas; es decir, todos no, porque yo también lo he sido y nunca Terpsícore ha sido objeto de mi culto, no porque me sea del todo antipática esa frívola deidad á quien todas las voluntades se rinden, sino porque no he tenido tiempo. Desde mi más temprana edad, añadió con énfasis, concebí la idea de escribir la historia de los pelasgos, ese pueblo extraordinario de cuya existencia quedan restos todavía que atestiguan su poderío, no sólo en Grecia y en el Asia Menor occidental, sino en Italia y España. En mi libro, yo les sigo paso á paso desde sus más remotos orígenes, desde los tiempos prehistóricos hasta la completa extinción de su raza, y narro sus guerras, sus revoluciones y todos sus hechos más notables, y asisto á la construcción de sus numerosas ciudades, de sus murallas ciclópeas y de sus templos famosos, é ilustro con datos completamente inéditos la invasión helénica, origen de todas sus desdichas, y les acompaño en sus emigraciones á Italia, sin perder de vista á uno solo, llámese Evandro ó llámese Perico de los Palotes.—¿Y tiene usted muy adelantada la obra? le pregunté.— Acabo de empezar, contestó, el capítulo que consagro á la construcción del templo de Samotracia. En fin, agregó sonriendo, le leeré lo que llevo escrito y usted juzgará de su mérito.—¡No, señor! me apresuré á decir, alarmado ante la idea de que se le ocurriera poner inmediatamente en práctica su amenaza; prefiero leerla cuando esté concluída; no sabe usted cuánto me contraría y me desagrada ver interrumpido de pronto el hilo de una narración que me interesa. Conque, ¡nada! dejaremos á los pelasgos, que sigan construyendo el templo de Samotracia... ¡y ojalá no lo puedan concluir por falta de fondos! añadí para mi sayo. Afortunadamente en aquel momento se presentaron doña Gertrudis y Semíramis y me tranquilicé algún tanto, creyendo conjurado por de pronto el peligro que me amenazaba, porque la verdad era que temía más á los pelasgos que al primo. Doña Gertrudis me dirigió una de esas sonrisas que

sólo brillan en los labios de las mamás cuando creen haber encontrado el yerno que buscan, y su hija me tendió la mano con visible emoción y encendida como la grana.—Con su permiso, dijo el historiador, voy á continuar mi interrumpida tarea; con usted no quiero gastar cumplimientos.—¡Pues no faltaba más! exclamé; ¡nada de cumplimientos! siga usted, siga usted su trabajo.—Ya sabe usted que está en su casa, añadió, deshaciéndose en cortesías. Y se alejó por fin, dejándome solo con Semíramis y la mamá. Ésta me hizo tomar asiento y hablamos de todo un poco: del baile, del calor, de los nervios, ¡qué sé yo! De pronto observé que la buena señora se iba quedando dormida...

—¿Ya?

—No me interrumpas; observé, digo, que se iba quedando dormida, cosa que si no prescribía la etiqueta, disculpaba el cansancio de la noche anterior, y aproveché aquella circunstancia favorable para exigir de Semíramis una explicación terminante. Adopté un aire trágico, ahuequé la voz y le dije: —Semíramis, ¡yo tengo celos!—¿Celos de quién? exclamó ella, sorprendida.—¿De quién? murmuré; ¡de quién ha de ser! de su primo, de Paco, cuyo nombre no puede pronunciarse sin que se turbe usted, sin que enrojezca su tez... ¿qué existe entre usted y su primo?—Nada que me obligue á bajar la frente, contestó con aire que me pareció ofendido; he sido su novia, es verdad, y tal vez le haya querido, no estoy segura; pero lo que sí puedo afirmar es que al deshacerse la boda, me quedé tan tranquila como si se hubiese tratado del asunto más indiferente á mi corazón.—¿Y por qué se deshizo la boda? insistí yo, con desconfianza.—Papá fué el que se opuso á ella, contestó Semíramis; ¿y sabe usted por qué? porque mi primo se quedó dormido una vez que le leyó un capítulo de su obra, lo que le hirió gravemente en su amor propio de historiador. Papá es así y no puede usted figurarse los disgustos que nos han dado ya los tales pelasgos. A mamá la tienen loca.—Pues yo creo que al que han vuelto loco es á su papá, exclamé; ¿no le han hecho ver ustedes por algún médico? No había acabado de pronunciar estas palabras,

cuando se presentó una visita. Era una señora de edad, que entró con mucho desenfado, como si fuera de la casa. Semíramis se levantó toda confusa y despertó á su mamá, diciendo: — Aquí está tía Rosa. Luego me presentó á tía Rosa, y tía Rosa se quedó mirándome fijamente. — ¡Calle! dijo; yo creo conocer á ese caballero; ¿no está usted casado con la menor de las de Martínez? — No, señora, contesté con un aplomo que alejó toda sospecha del ánimo de doña Gertrudis y de Semíramis; es Pedro, mi hermano; sólo que nos parecemos de una manera extraordinaria; tanto, agregué en son de broma, que cuando estamos juntos, ni nosotros mismos sabemos quién es Juan ni quién es Pedro. Riéronse las señoras de aquel *colmo* y me apresuré á despedirme, para evitar las miradas inquisitoriales de doña Rosa, que no dejaban de causarme alguna intranquilidad, y me fuí á mi casa. Aquella noche soñé que una legión de pelasgos jugaba conmigo al volante.

—¿Y tardaste mucho tiempo en volver á casa de Semíramis?

—Al día siguiente y volví una, dos, tres... ¡qué sé yo cuántas veces! La chica estaba loca por mí, y me había olvidado ya por completo del primo y de doña Rosa; así que nada turbaba mi dicha.

—Pero... ¿y tu mujer? ¿no sospechaba nada?

—Nada; mi mujer no sospechaba más que de la niñera, con la que seguía dándole celos, para que no espiara mis pasos fuera de casa. Y me iba perfectamente. Seguía viendo á Semíramis todas las noches y mi amor había ganado tanto terreno en su corazón, que estaba á punto ya de clavar su bandera victoriosa sobre la *fortaleza* de su voluntad. El otro día el papá quiso leerme á todo trance un fragmento de su obra; insistí en que no quería saber nada de los pelasgos hasta que no se hubiese extinguido por completo su raza, y esto fué bastante para que el historiador empezara á mirarme con malos ojos. — Su papá, dije esta noche á Semíramis, aprovechando un momento en que nos quedamos solos, me va á poner de patitas en la calle y es necesario que tomemos

una resolución heroica. —¿Qué quiere usted decir? dijo ella mirándome fijamente. —Que no nos queda más remedio que la fuga, exclamé en un arranque de pasión frenética, no del todo fingida. —¡La fuga! repitió Semíramis, cubriéndose el rostro con las manos; ¡oh, jamás! —Pues bien, murmuré apoderándome de una de sus manos, que dejó abandonada en las mías; renuncie usted á toda esperanza; su papá será inexorable conmigo y me desterrará de este paraíso, del que saldré con la desesperación en el alma, puesto que saldré de él sin mi blanca Eva. En cambio usted, Semíramis...—¿En cambio yo?... repitió ella, alzando los hermosos ojos llenos de lágrimas.—En cambio usted se consolará fácilmente de mi partida, porque no me quiere, porque no me ha querido nunca. —¡Ah! ¡no diga usted eso! exclamó con apasionado acento y con el seno palpitante; ¡que no le quiero!... y hubo en sus ojos azules como una explosión de rayos deslumbradores. —Pues bien, dije yo; dentro de cinco minutos la esperaré á usted en la esquina; si no acude usted, partiré lejos... ¡y no volveré jamás! Y me dirigí resuelto á la puerta, pero antes de llegar á ella, apareció doña Rosa. —¿Dónde va usted tan aprisa? me dijo con expresión amable. —Dispense usted, señora, contesté; pero un asunto urgente... —Espere usted un momento, replicó asiéndome familiarmente del brazo; voy á presentarle una amiguita que tiene grandes deseos de conocer á usted. —¿A mí? pregunté con curiosidad. —Sí, señor; aquí la tiene usted, dijo doña Rosa... ¡Y me quedé de piedra!

—¿Pues quién era la amiga en cuestión?

—¡Mi mujer!

—¡Cómo! ¿tu mujer?

—Sí, mi mujer, que con los ojos encendidos como ascuas y la faz descompuesta, quiso abalanzarse sobre mí. Pegué un salto, y eché á correr perseguido no sé por cuántos y no paré hasta aquí... ¡Maldita vieja! la infame no creyó seguramente en aquella semejanza de hermanos... ni siquiera en los hermanos; trató de averiguar la verdad, y una vez que estuvo convencida de mis malas intenciones, se fué á ver á mi mujer,

le contó lo que pasaba y las dos, de común acuerdo, resolvieron darme aquella agradable sorpresa. ¿Comprendes mi desesperación?

—¡Vaya si la comprendo! ¡ah, desdichado! ¿Cómo te presentas ahora á tu mujer?

—¡No! ¡no es eso! ¿cómo me presento ahora á Semíramis? ¡imposible!

Casimiro Prieto.



DOS TENORIOS



—¡No atrevernos con las tales
hoy que andan sin sus palomos!
convengamos en que somos
los dos un par de animales.
—Habla en singular, Pascual,
pues al plural no me avengo.
—¿En singular? bien: convengo
en que eres un animal.

EPIGRAMA

—¡Tú con mi mujer! ¡villano!
—¿No estás tú? ¿á qué alborotar?
—¡Es que á mí me dió su mano!
—A mí también... al llegar.



Sr. D. Pedro B. Palacios

DISTINGUIDO POETA ARGENTINO

?

I

Densa nube de incienso que borra
del altar las imágenes santas,
en volutas fugaces asciende,
se esparce en los aires y se hunde en la nada:
¿dónde vas, blanca nube de incienso?
¿Qué regiones del cielo traspasas
conduciendo en tu ser vaporoso
temblor de suspiros, fervor de plegarias?

II

Casto velo de novia que rueda
en raudales copiosos de gasa,
sobre curvas de carne marmórea,—
¡capaz del martirio, capaz de la falta!—
Blanca gruta de tules ¿qué enigma
de ventura ó desdichas encarna
esa estatua de mármol viviente
que tiembla, que gime, que sueña, que abrasa?

III

Tierno beso de niña engendrado
sobre dedos de puntas rosadas,
que te lanzas al aire—¡paloma
que busca en la selva su nido de ramas!—
¿dónde vas, dónde vas, peregrino
de no sé qué amorosa cruzada?
¿Qué pretendes, pasión sin objeto,
flechazo sin rumbo, caricia con ala?

IV

Sacudida nerviosa que anuncia
con profético acierto que espanta,—
del dolor pitonisa invisible,—
peligro que viene, traición que amenaza.
Conmoción instantánea que avisas
del espacio á través la desgracia;
¿qué potencia inicial te produce,
qué mano sin brazo, qué voz sin palabra?

V

Torva idea que surge de pronto
del cerebro en las frágiles mallas,
y lo colma, y lo absorbe y lo atrofia
cual huésped perverso que incendia la casa.
Centinela perenne, ¿qué quieres?
la razón de tu ser ¿de quién sacas?
¡Si tú misma cegaste la fuente
que torvas ideas ó límpidas mana!

VI

¡Inocente recuerdo de niño
que tenaz en la mente se clava,
resistiendo las iras del tiempo
cuando otras memorias tan trágicas pasan!
Remembranza pueril, ¿cómo vives
entre aquellas que alegran ó espantan?
Pincelazo de luz del pasado,
¿qué mano divina te impuso en las almas?

VII

Atavismo de raza que llegas
en las horas de honor de la raza,
á poner la vergüenza en las frentes...
¡Hedor del establo que invade la sala!
¿Por qué surges, crueldad del pasado,
cuando todo es estética y gracia?
¡Viejo rostro de mono, riendo
detrás de la noble cabeza de Palas!

VIII

Vocación repentina que tuerce
de una vida completa la marcha,
que retoca las almas, á guisa
de autor indeciso que borra sus dramas.
¡Florescencia invernal de la mente!
¡Ansiedades seniles de fama!
¿Quién os puso en mi pecho, lo mismo
que en páramo yerto semilla de palmas?

IX

¡Intuición del progreso que yace
cual simiente de fuego en las almas!
¡Atracción misteriosa, querube
que muestra en la sombra laureles de plata!
¡Acicate de acero que azuza
la carrera de luz de la fama,
y coloca los seres de modo
que el sol de la vida les tiñe las caras!

X

¡Comezón de vivir, de ser siempre,
de escalar de una vez la montaña!
¿Quién os puso en la sangre? ¿Qué objeto
tendrán los deseos, tendrá la esperanza?
Cuando vivan la vida sin muerte
perfectas, y eternas, y libres las razas,
¿volverán, otra vez, á la sombra
como antes malditas, como antes esclavas?

PEDRO B. PALACIOS.
(Almafuerte).

Buenos Aires, 1891.

SONETO [1]

Nieve y luz es tu cuerpo, rubia eres
como estatua de espigas fabricada,
y estás de bellas flores coronada
más hermosa que todas las mujeres.
Cuando temblando dices que me quieres,
la mejilla de amor congestionada,
figura me pareces modelada
para el risueño templo de Citeres.
No es como más encantas mi sentido
cuando apareces ante mí sumisa
y el rostro bajo de rubor teñido.
Cuando late mi pecho más de prisa
es si, lluvia de perlas, da en mi oído
el collar desgranado de tu risa,

SALVADOR RUEDA.

1 De la colección de sonetos *Himno á la carne*, próximo á publicarse.

DEFINICIONES Y VULGARIDADES

(FRAGMENTOS INÉDITOS DE UN LIBRO QUE NUNCA SE ESCRIBIRÁ)

La Etimología es el microscopio aplicado á las lenguas vivas.

La Filología es el telescopio apuntado á las lenguas muertas.

—

La Biblia es como un piano.

Se pueden tocar en ella desde los valses lánguidos del Cantor de Sulamita, hasta la marcha fúnebre de David, ese rey de los aburridos.

Se pueden defender con ella desde el nihilismo hasta la Santa Inquisición.

—

La obra divina es tan superior á la humana que una pata de mosca vista en el microscopio resulta fina y acabada, mientras una hebra de seda aparece como un cable.

Así es de maravillosa y perfecta la función digestiva; pero ¿cuántos hombres habría capaces de llevarla á cabo, si ella fuese obra de la voluntad y no fuerza inconsciente de la sabia materia?

—

Si Dios no existiera habría que inventarlo, dijo un ateo optimista.

No hay creyente que en un momento de pesimismo no haya pensado que si Dios existiera, habría que suprimirlo.

—

El buen amigo de los libros, al adquirir uno nuevo, experimenta la misma voluptuosidad que el Gran Sultán al recibir en su harém una nueva esclava.

Y luego, al romperle las hojas, ¡qué suaves deliquios!

—

No se sabe si realmente Dios creó al hombre á su imagen

y semejanza; pero es seguro que el hombre se ha forjado un Dios hecho á su semejanza y según su imagen.

Júpiter llevaba toga; y yo he visto Cristos con *zaragüelles* ó *chiripá*.

—

Los autores son como los melones. Sólo se sabe lo que valen cuando están abiertos y para que se lleven un pedazo hasta los niños si quieren.

Es decir, cuando empiezan á pasarse.

—

La primera mariposa que se quemó hubo de blasfemar. Mientras chisporroteaba en la llama le dijo á Dios:

—Me diste afición á las flores brillantes sin calcular que un día el hombre habría de inventar el fuego. Para otra nueva Creación que hagas, procura ser más previsor.

—

Stendhal leía, todas las mañanas, antes de ponerse á escribir, un título del Código Napoleón, para que su estilo fuese claro.

Los legisladores deberían, antes de dar una ley, leer una buena obra literaria. Quizá resultarían, así, sus Códigos menos oscuros.

—

La ingratitud es la independencia del corazón.

El que hace muchos favores es una metrópoli que se expone, á cada paso, á quedarse sin colonias.

—

Lo que más me gusta del Nuevo Continente es el continente.

Esto no quiere decir que lo que más me guste del Viejo, sea el contenido.

—

El hombre es una continua secreción, desde el pelo que segrega el bulbo raquídeo, hasta el pensamiento segregado por la celulilla cerebral.

¡Si se viera cuántos calvos hay por dentro!

—

La pintura al óleo es el órgano.
La acuarela, la orquesta.
El grabado en acero, el violín.
El grabado en piedra, cornetines y trompas.
La miniatura, el arpa.
El agua fuerte, el violoncello.
El dibujo, la guitarra ó mandolina.
Y el cromo, el piano.

—

El patriotismo es la proyección del egoísmo en el espacio.
Lo hay de nación, de ciudad, de barrio y hasta de calle.
¿Habrá en la otra vida patriotismo de planeta?

—

—Papá: ¿qué es el toro?
—El padre del novillo.
—¿Y el buey?
—Su tío.

En la novela francesa contemporánea, Daudet es el novillo y Zola el toro.
Ohnet es el tío.

—

Cada nación tiene la moneda que se merece.
Inglaterra, la esterlina.
Brasil, el mil reis.
Francia, el franco.
Italia, la lira.
España, el real.
Monaco, los 100 francos (que es una *ficha*).
Los Estados Unidos, el dollar de plata.
La Argentina, el peso de papel.

—

La política es el arte de los inhábiles y la ciencia de los ignorantes.

—

Vivir es quizá dormir, dice Hamlet.
La vida es sueño, le replica Segismundo.
Dormir es vivir, dicen muchos.

Soñar es vivir, exclaman algunos.

Para la inmensa mayoría de los hombres vivir es dormir, soñar... y digerir.

—

Hay quien va á Suiza en busca de grandes panoramas.

Diariamente tenemos el más asombroso sobre nuestras cabezas. Sin embargo, ¡cuán pocos se asoman al balcón de la noche estrellada ó del espacio inacabable!

—

La escultura es á la arquitectura lo que la poesía á la música.

Una estatua brilla desde su pedestal; es decir, por formar parte de un conjunto arquitectónico. La poesía vale por la armonía que encierra.

Por esto no se hablará de Víctor Hugo más que como dibujante regular, cuando todavía se admirará á Wagner, como el primer poeta de este siglo.

—

En los tiempos pasados imperaba el absolutismo de una clase, de una familia ó de un rey; esto en política. En el teatro la tragedia.

El presente político es de los gobiernos mixtos. Predomina en el teatro el drama.

El porvenir es de la democracia y de la comedia.

—

Leverrier descubrió un planeta por las alteraciones que otro astro sufría al pasar por la *vecindad* de aquél.

Caso análogo al que está conversando en la calle y al pasar un transeunte levanta la voz para que éste se entere de lo que él dice.

—

Se dijo que la torre Eiffel era el *clou* de la Exposición de París.

Después ha resultado haber sido un clavo para la República Argentina.

—

En Europa nos afanamos por dar el sufragio universal á los pueblos y la forma de un damero á las ciudades.

En América disfrutamos de entrambos beneficios y todo el mundo suspira por los gobiernos fuertes y las calles diagonales.

—

La forma de gobierno es la encuadernación de esos grandes libros que se llaman los pueblos.

A algunos de los del Viejo Mundo se les caen las tapas de puro podridas.

En el Nuevo abundan los volúmenes en rústica.

CARLOS MALAGARRIGA.

Buenos Aires, 1.° Julio de 1891.

LAS ESTACIONES

OTOÑO

Nubes de nácar, de amatista y ópalo;
campos llenos de sombras y tristezas;
vinos de perlas de oro y de rubíes,
que en las brillantes copas centellean;
cipreses, luto, fúnebres campanas;
vientos que arrastran lágrimas y quejas;
el regio coliseo, los laureles
que alcanzan los dramáticos poetas:
árboles que parecen esqueletos;
nidos abandonados, hojas secas.
¡Oh, estación de las arpas alemanas,
de las vides, las tumbas y las nieblas!

INVIERNO

Nubes de plomo de violeta y ámbar;
aquilones, relámpagos, tormentas;
montañas coronadas por las nieves;
aves calladas, tenebrosas selvas;
pobres desnudos, pálidos y yertos;
bailes, tertulias, esplendentes fiestas;
el rumor de la lluvia en los cristales;
el hogar con sus cuentos y leyendas;
lechos desabrigados, llanto y frío;
estufas, pieles, palcos, carretelas.
¡Oh, invierno, fiel espejo de la vida,
estación de dolores y tragedias!

MANUEL REINA.

LA HIJA DE PUTIFAR

A MI EXCELENTE AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR Y ABOGADO ESPAÑOL

D. RAFAEL CALZADA



I

ISABEL

Alto el seno, el talle leve,
el pie, de hechizos tesoro;
el cabello color de oro
y la tez color de nieve.
De ojos que aun á las más bellas
celos, por lo hermosos, dan;
con atracciones de imán
y centelleo de estrellas.
De formas, que son su orgullo,
llenas de curvas graciosas;
de aliento que huele á rosas
y de voz que suena á arrullo.
Tal es, sin exagerar
ni un solo rasgo, Isabel,
la hija del coronel
don Segundo Putifar.

II

PEPE

Tras la verde celosía
vió á Pepe en cierta ocasión
y el fuego de la pasión
la abrasó desde aquel día.
Era el tal Pepe un buen chico,
de talentos superiores,
pero en materia de amores
el más solemne borrico.
Lleno de la fe más pura
y limpio de corazón,
cediendo á su vocación
estudiaba para cura.
Y cual volador venablo,
temiendo, quizá, caer,
huía de la mujer
como quien huye del diablo.

III

LA REJA

Iba caviloso un día
nuestro inocente escolar
en dirección de su hogar,
donde dichoso vivía
en ignorado retiro,
cuando, de oculta calleja
al pasar junto á una reja,
oyó en la reja un suspiro.
De inquietud dando señales,
la vista alzó, á su pesar,
y vió en la reja brillar
unos ojos celestiales.
Era Isabel que, en acecho
del hombre á quien adoraba,
al verle pasar, trataba
de herirle, aleve, en el pecho.
Y cuando, asustado, el chico
iba ya á echar á correr,
vió de la reja caer
á sus pies un abanico.
Lamentó su mala estrella

y alzó, entre amable y confuso,
el abanico y lo puso
en las manos de la bella.
—¡Gracias! dijo ésta, gozosa.
Y con torpeza fingida
dejó caer, desprendida
del albo seno, una rosa.
De rubor el joven lleno,
tomó, temblando, la flor
que aun conservaba el calor
de aquel nacarado seno,
y la presentó á la bella,
que, sonriéndole amorosa,
dijo, rehusando la rosa:
—¡No!... quédese usted con ella.
—¿Con ella? exclamó el mancebo,
con creciente turbación;
de tan dulce galardón
indigno soy y no debo...
—¡Cruel! dijo ella con donaire;
¿la flor rechaza? ofendida,
¡mire usted cuán encendida
se ha puesto con el desaire!
Tómela usted sin desvío,
porque... ¡vamos! no está bien
tratarla con tal desdén...
pero ¡mi padre!... ¡Dios mío!
¡huya usted!... mas, por el cielo,
mi dulce afán no reproche
y vuelva, cuando la noche
tienda su estrellado velo,
que aquí le aguarda, quejosa,
pues hace suya la afrenta,
quien quiere exigirle cuenta
del agravio de una rosa.

IV

LOS SUEÑOS DE PEPE

Y Pepe, á todo correr,
se alejó, alegre quizá,
aunque más que del papá,
huyendo de Lucifer.
Llegó á su hogar, intranquilo,
y en vano, en sus aflicciones,
contra impías tentaciones

buscó en él seguro asilo,
pues si del amor en alas
no acudió á la cita, loco,
en cambio durmió muy poco
y soñó... ¡cosas muy malas!
Turbando su paz dichosa
y ardiendo en pasión impía,
soñaba que le decía
con voz trémula la hermosa:
«—No á mis amantes ternezas
correspondas con agravios
y vén á besar mis labios
del color de las cerezas.
¿Acaso, dí, en tus recelos
temes caer y te espanta?
¡amor no se arrastra!... ¡canta,
como la alondra, en los cielos!
¡Vén y gocemos unidos
de un nuevo edén seductor!
¡Vén, que existiendo el amor
no hay paraísos perdidos!»

. . . .

—¿Que hechizo que me enajena,
dijo Pepe, al despertar,
tiene el ardiente mirar
de esa engañosa sirena?
¿Por qué mi alma sin mancilla,
que hasta hoy voló libremente
sin torpes lazos, se siente
aprisionada en la arcilla?
Huir quiero de esa doncella,
y aun lucho conmigo mismo,
mas del pecado al abismo
me siento ¡ay! rodar con ella,
sin que, ante beldad tan rara,
me valga ya ni san Pablo...
¡Qué sospecha! ¿será el diablo
que se habrá puesto esa cara?
En ella de Lucifer
algo hay que mi duda abona...
si no es el diablo en persona,
es, de fijo, su mujer!

V

TENTACIÓN

Temiendo nuestro escolar
ceder, por fin, al encanto
de un amor, que aun al más santo
sin duda hiciera pecar,
quiso, en pos del bien que encierra



la quietud, siempre dichosa,
poner entre él y la hermosa,
ya que no el cielo, la tierra.
—¡Basta ya! ¿á qué vacilar?—
se dijo—¡no por mi vida!
voy á tomar en seguida
pasaje para ultramar.
Y de carnales antojos
resuelto á huir, el cuitado,
salió á la calle embozado
en la capa hasta los ojos.
Mas al recordar el talle

de beldad tan hechicera,
se iba diciendo:—¡Dios quiera
que no la encuentre en la calle!
porque la chica es muy guapa
y aunque de ella voy huyendo...—
y se interrumpió, sintiendo
que le asían de la capa.
Volvió la faz, azorada,
y vió junto á sí, amorosa,
á Isabel, la más hermosa
encarnación del pecado.
Y aun cuando la hizo la cruz,
tan tierna ella le miró,
que el infeliz se sintió
preso ¡ay! en redes de luz.
—¡Ingrato! dijo la hermosa
con dulce expresión de queja;
tras los hierros de mi reja
te esperé, en vano, afanosa,
y tu desdén más me inflama
cuanto más hondo me hiere;
¿por qué huyes de quien te quiere
y aborreces á quien te ama?
¿O es que, insensible á mi encanto,
gozas al ver, pues me humillas,
las rosas de mis mejillas
escarchadas por el llanto?
¡Ah! ceda al fin tu desvío
y si no es tu alma de hielo,
á calmar mi dulce anhelo
torna á la reja, bien mío,
cuando, trémulas y bellas,
de la noche en el capuz,
se abran cual flores de luz
las rutilantes estrellas.
¿Irás?
—Vano es tu porfiar,
dijo Pepe, no sin miedo.
—¡Cruel! ¿por qué?
—Porque no puedo..
¡porque me marcho á ultramar!
—¡De mí el ingrato se aleja
sin ver que de amor me ha herido!
¡ah! ¡cuán presto dió al olvido
la plática de la reja!
Mas ya que, de mi beldad
esquivo á las seducciones,

la flor de mis ilusiones
deshojas tan sin piedad,
¡tiembla que en mi orgullo herida,
ya sólo, pérfido, ansío
vengarme de tu desvío...
mas ¡qué veo!... ¡estoy perdida!
¿No es aquel mi padre? .. ¡Sí!
que estaba ausente pensé
y si contigo me ve
¿qué será, cielos, de mí?
No me abandones... ¡yo muero!
—Mas... ¿qué hacer?
—¡Huir al instante!
¡ya que me pierde... el *amante,*
que me salve el caballero!
Y asiendo á Pepe de un brazo,
la infiel echó á andar ligera,
sin que intentara él siquiera
desprenderse de aquel lazo.
Poco después, en la lucha
casi vencido el doncel
entraba con Isabel
en una pobre casucha
donde, por su mala estrella,
y gozando de peor fama,
vivía Olga, la vieja ama
de nuestra hermosa doncella.

VI

SORPRESA

—De esta hecha á su encanto cedo,—
pensó Pepe, en su desdoro;—
quisiera odiarla y la adoro,
quisiera huir y no puedo.
—Pues me *salvaste,* dijo ella
con simulados enojos,
y en tí no encienden mis ojos
de la pasión la centella,
parte ya sin dilación
y huye lejos de mi lado,
aunque al partir, despiadado,
te lleves mi corazón.
—¡Partir! dijo él; ¡desvarío!
¿cómo partir sin sosiego,
si ya con lazos de fuego

tu amor ató mi albedrío?
—¡Oh gozo! ¿conque me quieres?
—¡Venciste! tuya es la palma;
¿quién puede arrancar del alma
el dardo con que la hieres?
Siendo uno de otro embeleso,
miráronse sin agravios
y cuando, ardiente, en sus labios
palpitaba el primer beso,
abrióse de par en par
la puerta insegura é infiel
y apareció en su dintel
el coronel Putifar.



—¡Qué miro! dijo éste fiero;
¿mi buen nombre de este modo
salpicáis de infame lodo?
¿y no os maté ya? ¿qué espero?
—¡Padre! murmuró Isabel;
mi ruego escucha...
—¡Villanos!
¡vais á morir á mis manos!
—¡Piedad!
—¿Tiemblas?
—¡Sí... ¡por él
—¡Mis nobles canas manchó
y he de ser inexorable!

—¡Detente!... si hay un culpable,
no es él ¡oh padre!... ¡soy yo!
—Mintió tu labio falaz
y en vano tu amor le escuda;
¡él fué el raptor! ¿quién lo duda
si aun turba el crimen su faz?
—Pues se juzga usté ofendido,
murmuró Pepe, anhelante,
de las faltas del amante
responder sabrá el marido.
—¿Tú mi yerno?
—Sí, y su encono
romper no podrá estos lazos.
—Pues bien... ¡venid á mis brazos,
hijos míos!... ¡os perdono!

VII

LAS CAVILOSIDADES DE PUTIFAR

—Por fin se casó Isabel
y aun me asedia y mortifica
la duda: ¿por qué la chica
inventó aquel padre cruel?
¡Bien abusó del candor
del inocente escolar!
¡Pobre muchacho!... ¡Y pensar
que si excita mi furor
y desaira á mi hija bella,
le dejo á mis pies tendido!...
menos cruel hubiera sido
que no casarle con ella.

CASIMIRO PRIETO.

